



EL SAXOFÓN

VEINTE NARRACIONES BREVES

ALÍ VÍQUEZ

Editor


EDITORIAL
UCR

EL SAXOFÓN

VEINTE NARRACIONES BREVES

ALÍ VÍQUEZ

Editor



EDITORIAL
UCR
2019

863.010.8

S273s El saxofón: veinte narraciones breves /
Alí Víquez, editor. –1. edición–
[San José], Costa Rica: Editorial
UCR, 2019.

viii, 71 páginas

ISBN 978-9968-46-787-2

1. CUENTOS COSTARRICENSES –
COLECCIONES. I. Víquez, Alí, editor.

CIP/3395

CC.SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2019.

Editorial UCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Euclides Hernández P.* • Revisión de pruebas: *Montserrat Barquero Q.*
Diseño: *Raquel Fernández C.* • Diagramación: *Cindy Chaves U.* • Diseño de portada: *Kattia Garro B.*
Control de calidad: *Cindy Chaves U. y Grettel Calderón A.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucrac.cr
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: agosto, 2019.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

CONTENIDO

Preámbulo	vii
El hombre que fumaba veinte cigarrillos al día	1
<i>Felipe de Hernández y Pérez</i>	
Insomnio	7
<i>Lizeth Vega</i>	
Family guy	11
<i>Andrés Zumbado</i>	
Macuá	17
<i>Noemy Cyrman Muñoz</i>	
El Gran Hotel de la calle 33	21
<i>Ayelén Bazzano</i>	
Juan 18, 10	25
<i>Mario Pereira</i>	
El indiscreto	27
<i>Mariana V. Bravo</i>	
Buenos días, monstruo	29
<i>Rodrigo Sánchez Renderos</i>	

El niño corazón de aguacate recipiente	31
<i>Kath Rodríguez</i>	
Encarnada	35
<i>María José Fonseca</i>	
Escape oceánico en cuatro brazadas	37
<i>Mónica López S.</i>	
Alguien tiene que hacerlo	39
<i>Andrés Calvo Calvo</i>	
Mediodía en la playa.	43
<i>Rocío Calvo Alfaro</i>	
Nueve meses antes de Cristo	45
<i>Valeria Iraheta</i>	
Vuelven.	47
<i>Juan Antonio Sánchez</i>	
Sonrisa carmesí	49
<i>M. K. Marín</i>	
Dinosaurios ninfómanos de Venus	53
<i>Alejandro Calderón Leal</i>	
Confesión de una muerte.	59
<i>Jaque Jiménez</i>	
Tunos indios.	63
<i>Adán Nada</i>	
El saxofón	69
<i>Martina Breco</i>	
Acerca del editor.	71

PREÁMBULO

En el primer semestre de 2017, gracias a la iniciativa de la directora de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, M. L. Ivonne Robles Mohs, impartí por tercera vez el curso de Teoría y práctica de la creación literaria 1: narrativa breve. Este consiste en un taller literario dirigido a los estudiantes de la Universidad de Costa Rica.

El reto era supremo, nuevamente. Acostumbrado como estoy a dar clases de literatura española y seminarios sobre autores como Kafka y Dostoievski, suelo contar con la colaboración de grandes escritores en los cursos. No tengo que preocuparme por si *El Quijote* o *Los hermanos Karamázov* serán un material interesante para discutir: está más que probado que lo son. En este caso, el asunto se plantea de otra manera. El primer día, le anuncié a la clase: “Este es el curso más difícil de todos. Los textos literarios no nos son dados; tenemos que escribirlos aquí.”

Por supuesto, para escribir es imprescindible leer, y en el taller se leyeron a algunos de los grandes en la narrativa breve: de Maupassant a Monterroso, hasta completar una decena de pesos pesados. Pero el objetivo de esas lecturas no era el comentario ni la discusión de los postulados estéticos y filosóficos de los textos, sino la producción de más textos. He dicho *objetivo*; más bien, debo decir *compromiso*.

El entusiasmo y el talento del grupo fueron ejemplares; ahora bien, un asunto importante en el cual insistí fue que la humildad también debe serlo, y todos los estudiantes parecieron entender. Quien desee escribir ha de saber leerse con desapego suficiente como para corregir, reescribir, replantear, escuchar inconformidades de los demás, tachar, recomenzar y, si no hay remedio, desechar. Lo que sigue es una muestra de los textos que pasaron la prueba del taller y la prueba mucho más severa de la autocrítica. Veinte narraciones breves que espero sepan dar a sus lectores alguna satisfacción. Variadas en sus temas, estilos, preocupaciones; sin embargo, curiosamente, también con puntos en común, que prefiero no adelantar. Supongo que los lectores también hallarán en la comparación de los textos una motivación para leer.

Alí Viquez

Felipe de Hernández y Pérez

EL HOMBRE QUE FUMABA VEINTE CIGARRILLOS AL DÍA

El primer cigarrillo que se fumaba era al amanecer, al sentir el salir del sol y despertarlo por la mañana, dándole a entender que tenía que vivir un día más de aquella rutinaria vida.

El segundo cigarrillo lo encendía mientras estaba desayunando y ojeando el periódico. Realmente no le interesaba mucho, ni se preocupaba por leerlo; las noticias eran las mismas todos los días. Ya las conocía al derecho y al revés.

El tercero era antes de salir de su casa, cuando su reloj le indicaba que eran las siete de la mañana y debía marcharse a trabajar. Solía detenerse en la puerta, abrirla lentamente y fumarse el cigarrillo debajo del marco; lanzaba la colilla de cigarro en la acera. Miraba a sus vecinos con cara de disgusto y estos lo miraban igual.

El cuarto se lo fumaba mientras caminaba hasta su trabajo. Se colocaba unos audífonos, escuchaba las mismas canciones, ignoraba a todo el que lo miraba y recorría los cuatro kilómetros de siempre.

Justo antes de entrar al edificio donde trabajaba, encendía el quinto cigarrillo; se recostaba en la pared junto a la puerta; observaba a los demás trabajadores entrar directamente al edificio. Él se quedaba allí, mirándolos y suspirando sin ninguna causa.

Siempre conservaba la colilla del quinto cigarro en la mano; subía hasta el tercer piso, ahí estaba su cubículo. Lanzaba la colilla en el

basurero como todo un profesional, con una mecánica ya registrada en su memoria muscular después de mucho tiempo de ejecutar la misma acción una vez tras otra.

—Le aseguro que aún tiene mucho por qué luchar, señora, la muerte no es la respuesta a todo, es solo la manera más sencilla de resolverlo... Le puedo asegurar que su esposo aún la ama y sus hijos también... Una mascota siempre es un buen compañero y nos mantiene alejados de pensamientos negativos; sin nosotros, la mascota sufriría... La vida está llena de posibilidades, la muerte es definitiva. Sin duda es mejor elegir la curiosidad de lo que puede suceder mañana a no saber ya nada más...

Todo esto lo sabía Yuu de libreto, siempre decía lo mismo una y otra vez. Recibía cientos de llamadas de personas que decían haber perdido su deseo de vivir y después de hablar con él unos minutos o incluso horas, le daban las gracias y decían que, de no ser por él, se estarían arrepintiendo, claro, en caso de que existiera un más allá.

El sexto, el séptimo y el octavo cigarrillo los consumía vorazmente, durante el primer receso. No comía nada, solo se fumaba los cigarrillos y se compraba una Coca Cola. Volvía a su cubículo con el olor impregnado del tabaco. Al comienzo, algunos le hacían comentarios acerca del olor, pero después dejaron de hacerlo, al ver que a Yuu no le incomodaba lo que le dijeran. El cubículo al lado del suyo siempre estaba vacío.

El noveno y el décimo cigarrillo se los fumaba durante el almuerzo, uno antes y uno después de comer. Siempre solía ser algo sencillo, una sopa ramen o un par de onigiris. Luego iba a la sala de descanso y se echaba una siesta los últimos quince minutos del almuerzo. A veces se dormía un poco de más, pero esto nunca le había causado problemas; quizá alguien moría por esa llamada que no fue atendida: era algo que no se podía saber, él no sentía ninguna culpa, no podía hacerlo, nunca se daban cuenta de si alguien que llamaba a la línea moría o no.

—Si su pareja ha decidido irse con otra persona, duele decirlo, pero esa ha sido su decisión, y esto no quiere decir que haya algo malo con usted. Véalo como algo positivo, ahora tiene libertad de hacer lo que antes no podía, o sentía que por tener pareja lo limitaba. Llore, sienta la tristeza necesaria, que luego sentirá con mayor gusto la alegría; después de todo, para sentir alegría también ocupamos de la tristeza. No deje que nadie dé sentido a su vida, eso le corresponde a usted.

Aunque Yuu sabía todo de memoria e incluso tenían un manual de cómo tratar los diferentes casos, elaborado por un psicólogo humanista, algunas veces sí se entusiasmaba y trataba de ayudar realmente a las personas, si bien últimamente ya no le sucedía al mismo ritmo que en otros días.

Cuando salía, a las tres de la tarde, se dirigía a la ciudad, y de camino encendía el undécimo cigarrillo. Este se lo fumaba tranquilamente, tal como el ritmo de sus pasos al andar. Había una cima, camino a la ciudad, a la que solía subir y desde allí mirar en la dirección adonde él sabía estaba el bosque de Aokigahara. Mientras miraba hacia allá, se fumaba el duodécimo y el décimo tercer cigarrillo; suspiraba, pero esta vez sí existía una causa. Agachaba la cabeza y se quedaba en esa posición por unos minutos, como si estuviera rezando o luchando con algo o alguien.

En la ciudad siempre observaba a la misma mujer pidiendo dinero, con un perro que debía de tener pelaje blanco, pero estaba completamente sucio, con el cabello enredado, al igual que el de la mujer. Siempre le entregaba mil yenes y seguía caminando, sin hacer mucho caso a las palabras de la mujer. Siempre encendía el décimo cuarto cigarrillo en este punto, y se lo fumaba rápidamente antes de entrar a la misma librería.

—Buenas tardes, Yuu —solía saludarle la misma chica con una sonrisa, y este era el único momento del día en el que Yuu sonreía también. Ella le recomendaba los nuevos libros que habían llegado y él se dirigía a verlos todos. Solía quedarse una hora en la librería,

mirando un libro tras otro, leyendo la sinopsis de cada título que le sonaba interesante. A veces era un buen día y salía con tres o cuatro libros; otros, se iba sin ninguno. Tenía una gran fila de libros en espera; sin embargo, seguía comprando nuevos casi todas las semanas. Al dejar la librería se fumaba el décimo quinto cigarrillo. Aki nunca le había hecho ningún comentario sobre el olor de los cigarrillos, era la única que no lo hacía.

El décimo sexto cigarro lo encendía cuando estaba en el lugar que le producía mayor tristeza en el mundo. Ahí, delante de él había inscrito un nombre, NatsuYamamoto, en una cripta. Siempre iba al cementerio después del trabajo a visitar a su difunta esposa. Se habían conocido desde niños; cuando tenían doce años estudiaban en el mismo lugar. Se casaron a los veinte años y Natsu había muerto tres años después. Pero la muerte en sí no era lo que más dolía a Yuu, sino cómo se había dado esta. No entendía por qué. Por eso, miraba siempre en dirección al bosque Aokigahara, tratando de entender por qué su esposa nunca le había comentado nada, por qué había hecho lo que había hecho. Nunca habían tenido problemas, nunca la había visto triste o preocupada por algo; los recuerdos de ella eran de su sonrisa. Esto era lo que más le dolía, el egoísmo de no haberlo dejado ayudarla. Fue por esto que decidió ayudar a las personas que lo llamaban, para evitar el sufrimiento de otros, aunque con el tiempo había ido perdiendo el entusiasmo. No ganaba bien y las gracias de los demás no eran tan gratificantes como al comienzo; después de todo, no podía saber si realmente había muerto la persona a la que suponía ayudar. Todos los días veía en el periódico cientos de nombres de personas que habían muerto, alguna que otra noticia sobre suicidio, y se preguntaba si de todas esas personas, alguna lo había llamado o si había dejado pasar la llamada por quedarse dormido. Lloraba siempre en el cementerio, por momentos de tristeza, por momentos de cólera. Se marchaba cuando el sol comenzaba a ocultarse y se fumaba el décimo séptimo cigarrillo. Subía al bus que lo llevaba de la ciudad a su casa y durante el camino se colocaba los audífonos e ignoraba a todo aquel que se le sentaba al lado o le intentaba hablar.

Mientras se cocinaba algo para cenar, miraba las noticias o algún partido de fútbol o béisbol, y encendía el décimo octavo cigarrillo. Ponía a calentar agua, le echaba verduras y condimentos y la dejaba hervir, absorto en la televisión. Cuando la comida ya estaba lista, se sentaba en el sofá, y la acompañaba con una cerveza o *sake*.

Cerca de las nueve de la noche, tomaba el teléfono, realizaba una llamada y hablaba mientras se fumaba su penúltimo cigarrillo del día.

—No deje que nadie dé sentido a su vida, eso le corresponde a usted —le decía una voz del otro lado del teléfono. —Sé que puede ser difícil afrontar los hechos y el impacto que todo esto ha tenido en su vida, pero usted sigue vivo y eso es motivo para seguir adelante, la vida está llena de oportunidades...

Yuu daba las gracias a la persona al otro lado del teléfono por su amabilidad y dedicarle tiempo. Colgaba el teléfono, tomaba un libro y se ponía a leerlo.

El último cigarrillo del día se lo fumaba mientras leía; lo hacía lentamente y le dedicaba mucha atención a las palabras del libro. Algunas veces se decía que esperaba que aquel cigarrillo fuera el que lo matara; otras veces se decía a sí mismo que dejaría de fumar, que, de alguna manera, ese iba a ser su último cigarrillo. Entonces cerraba al libro y recurría al mismo recuerdo de siempre: “Buenos días, Yuu”, sonreía con tristeza y se dormía.

ACERCA DEL EDITOR

Alí Víquez nació en Heredia, Costa Rica, en 1966. Es escritor, filólogo y catedrático de la Universidad de Costa Rica, donde ejerce la docencia, la investigación y dirige el Departamento de Literatura de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura. Además de decenas de artículos académicos, ha escrito las siguientes obras literarias: *A medida que nos vamos conociendo* (relatos, Premio Joven Creación, Editorial Costa Rica, 1990), *A lápiz* (relatos, 1993), *Conspiración para producir el insomnio* (novela, 1999), *Biografías de hombres ilustres* (relatos, 2002), *Las fases de la luna* (género híbrido, 2004), *Volar hacia todo el invierno* (poesía, 2006), *Confesión de parte* (poesía, 2010), *El coraje de leer. Cuatro ensayos quijotescos* (ensayo, 2015), *Los peces de Cooper* (novela en coautoría con Manuel Ortega Rodríguez, 2015) y *El fuego cuando te quema* (novela, Premio Nacional Aquileo J. Echeverría, 2015). Sus textos han sido seleccionados por el Ministerio de Educación Pública de Costa Rica como parte de la lista de lecturas recomendadas para secundaria.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Felipe

Hernández muestra

una aguda historia de soledad. Lizeth

Vega escribe un relato pesadillesco con resultados sorprendentes.

Andrés Zumbado prefiere un tono irónico en su visión de la familia.

Noemy Cyrman presenta una magia que cambia la vida de su narradora.

Ayelén Bazzano visita el cuento de terror con los ojos de un niño. Mario

Pereira expone una lectura insospechada de un pasaje evangélico.

Mariana Bravo se deleita en su visión de un hecho cotidiano y vergonzoso.

Rodrigo Sánchez se topa con un monstruo libresco. Kath Rodríguez

presenta el miedo infantil como una condición insuperable. María José

Fonseca ve la pesadilla como reconocimiento del miedo. Mónica López

juega con el absurdo de los grandes propósitos. Andrés Calvo narra una

historia trágica de un mundo lleno de descomposición familiar. Rocío

Calvo se sumerge en el absurdo y sale airosa. Valeria Iraheta escribe lo que

hubiera sido un cambio en la historia del mundo. Juan Antonio Sánchez

prefiere el tono poético para evocar los momentos clave de la existencia.

M. K. Marín relea un relato infantil dándole un giro inesperado.

Alejandro Calderón deja volar su fantasía sin hacerle concesiones a la

verosimilitud. Jaque Jiménez plantea la fatalidad como un espacio en

el que nadie gana. Adán Nada juega con distintas variantes del

español. Martina Breco reflexiona acerca de la

naturaleza paradójicamente simple y

compleja del cuento.


EDITORIAL
UCR

ISBN 978-9968-46-787-2



9 789968 467872